

# *Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual*

Santos Juliá

UNED

En ocasiones, parece como si el hecho de que la voz «intelectual» sólo se haya introducido como sustantivo a finales del siglo XIX implicara que fue entonces cuando los intelectuales nacieron como grupo o categoría social, con conciencia de sí y seguros de su propósito. Intelectuales existieron, sin embargo, antes de los intelectuales, como aquellos *political men* *or* *letters* que se las apañaron para sustituir los perdidos favores de la Corte por una *incorporation* *of* *their* *own* <sup>1</sup>. No hay por qué, desde luego, convertir el término en una especie de trascendente histórico y ver intelectuales en todo tiempo y cualquier lugar. Para que haya intelectuales se requiere y basta que esos hombres de letras, o de ideas, sean «libres y compitan en un libre mercado intelectual». Con eso, su presencia se puede remontar a los orígenes del capitalismo, con la autonomía de la sociedad civil respecto del Estado, o por ligarlos a acontecimientos político-culturales, con la Reforma o la Ilustración <sup>2</sup>. Sólo la transformación de la sociedad capitalista en una dirección que amenazaba de frente a la tarea asumida desde la Revolución Francesa como adalides del pueblo y constructores del Estado les hizo tomar una conciencia separada que acabó por hacer sustantivo lo que antes

---

<sup>1</sup> Edmund BURKE, *Reflections on the Revolution in France*, [1790], Nueva York, 1959, p. 134.

<sup>2</sup> Como hacen Gerald POPEL y Raj P. MOHAN, «Intellectuals and powers: S. M. Lipset, Julien Benda y Karl Mannheim», y William C. MARTIN, «The role of the intellectuals in revolutionary institutions», ambos en Raj P. MOHAN (ed.), *The mythmakers. Intellectuals and intelligence in perspective*, Nueva York, 1987, pp. 34 Y 61.

todo el mundo tenía por adjetivo. Pero que los hombres de letras políticos no son invento de final del siglo XIX lo muestra la misma existencia de esa expresión para referirse a un sector social muy activo en todas las revoluciones europeas desde la Reforma: es la *intelligentsia* tradicional, formada preferentemente por literatos, clérigos, filósofos y artistas <sup>3</sup>.

Lo nuevo a final de siglo no sería, por tanto, el intelectual, o los intelectuales, sino el espejo en que el intelectual se mira —o sea, el pueblo— y que acaba por transformar su mirada; más exactamente, lo nuevo es el hombre de letras y el artista que, al mirarse en el pueblo, ve la masa, no le gusta y se percibe entonces a sí mismo como intelectual con una misión específica ante la masa y frente al Estado, culpable de tan lamentable situación. Mientras el pueblo fue pueblo —y en España lo habría sido hasta la gloriosa revolución de septiembre de 1868— los intelectuales *avant la lettre* que eran aquellos poetas, literatos y publicistas que se ponían a su cabeza cuando comenzaban a sonar fuerte sus pisadas, no necesitaron percibirse a sí mismos como categoría separada. Es más, toda su gloria consistía en presentarse en comunión con el pueblo: ellos eran también pueblo, su voz, y con el pueblo aparecían fundidos cada vez que el pueblo se decidía a levantar la cabeza. Todo comenzó a complicarse cuando el pueblo fue incapaz de mantener su última conquista y cedió ante el empuje de la reacción restauradora hasta caer en la más completa abulia. Aquello ya no era pueblo; aquello era otra cosa que crecía y crecía al ritmo de la urbanización. Y no es sorprendente que los literatos, filósofos, poetas, publicistas que otrora se tenían como parte del pueblo empezaran a dar muestras de inquietud ante esa nueva realidad que les saltó repentinamente a los ojos y amenazaba su posición cuando se acercaba el fin de siglo. A partir de entonces, no es suficiente tratar de *los intelectuales en la política*, sino que es preciso constituir como objeto de análisis *la política de los intelectuales*, pues cuando la masa aparece, los intelectuales, a la vez que se sustentan, postulan para ellos mismos un campo propio y una tarea específica como agentes políticos. Todo el esfuerzo del primer tercio del siglo consistirá en tantear diversos modos de acción política propia de los intelectuales. Las notas que siguen no son más que el esbozo de tres de esos modos de política

---

<sup>3</sup> Para diferentes tipos de «*intelligentsia* jacobina» en las sociedades preindustriales, Carl Boccs, *Intellectuals and the crisis of modernity*, Nueva York, 1993, pp. 11-36.

de intelectuales –**la** protesta, la liga y el **partido**– tal como aparecen en Madrid durante el reinado de Alfonso XIII.

## 1. Protesta

A la vez que los literatos y publicistas se comenzaban a llamar a sí mismos intelectuales –**lo** que en España parece haber ocurrido por vez primera en una carta dirigida por Unamuno a Cánovas intercediendo a favor de Pere Corominas– generalizaron el uso de la voz «masa» para designar a lo que hasta bien poco antes llamaban «pueblo». Es una desolación, escribió poco antes el mismo Unamuno, «en España, el pueblo es masa electoral y contribuible» <sup>4</sup>. La voz masa, que ya había utilizado Larra con notable perspicacia <sup>5</sup> y que a final de siglo era motivo central y recurrente de la reflexión sociológica y psicológica, aparece siempre en ese contexto de desolación que tanto gustaba de evocar Unamuno y el grupo de literatos tenido como fijo en lo que algún autor llama la «nómina» y otros los «miembros» de la generación del 98 <sup>6</sup>. Los adjetivos que connotan la voz masa son como los antónimos de los que connotaban a mediados de siglo la voz pueblo. Lo son desde luego en el mismo Unamuno, pero también en el grupo de «Los Tres» que tiene a la masa como de «instintos protervos», según decía Martínez Ruiz que decía Baroja, quien sin necesidad de intérprete ya se encargaba de afirmar que «la masa es siempre lo infame, lo cobarde, lo bajo»; y no podía tampoco dejar de serlo en los intelectuales universitarios: es sumamente significativo que Altamira, Buylla, Posada y Sela se refie-

---

<sup>4</sup> INMAN Fax, "El año 1898 y el origen de los "intelectuales"», en *Ideología y política en las letras de fin de siglo* (1898), Madrid, 1988, p. 19. En Francia, el empleo sustantivado de «intelectual» ocurrió unos años antes: Christophe CHARLE, *Naissance des intellectuels» 1880-1900*, París, 1990, pp. 55-57. La última cita es de *En torno al casticismo* [1895], Madrid, 1996, p. 168.

<sup>5</sup> El público, escribió LARRA, "por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; suele ser su favorita la medianía integrante y charlatana, y objeto de su olvido o su desprecio el mérito modesto; olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes y premia con usura a quien le lisonjea y le engaña»: „¿Quién es el público y dónde se encuentra?», 17 de agosto de 1832, *Obras*, vol. 1, Madrid, 1960, pp. 76-77.

<sup>6</sup> Aunque el prurito de decidir quiénes son, y quiénes no, de la generación del 98 apareció con el mismo concepto: "Hombres de la generación de 1898 son Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío», escribió AzARÍN en *ABe*, 18 de febrero de 1913, iniciando así un debate que no cesa.

ran a la «masa ignorante» como base de apoyo del «espíritu intolerante y fanático» 7.

La percepción del pueblo como masa por los escritores de fin de siglo determinó una nueva conciencia de sí mismos cómo elite separada, como una categoría social aparte dotada de una función propia 8. Lo dice con toda claridad Unamuno, cuando asegura que «en rigor no somos más que los llamados, con más o menos justicia, intelectuales y algunos hombres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España». Ésta es, continúa, «nuestra última postura»: hablar de regeneración mientras «el pueblo, por su parte, el que no es más que pueblo, la masa de los hombres privados o idiotas que decían los griegos, los muchos de Platón, no responden». De un lado, pues, los intelectuales hablando de regeneración; del otro, ese pueblo-masa que ni escucha ni responde, sordo y mudo como era: «oyen hablar de todo esto como quien oye llover, porque no entienden lo de la regeneración» 9. Y lo mismo que Unamuno, sólo que más ácido y despectivo con la masa, Martínez Ruiz, que desde muy pronto mostró un desprecio sin paliativo «al dominio de la masa, al absolutismo del número». Frente a esa masa por definición ignorante «alguno tiene que ser el educador, y ese educador tiene que estar alto, para imponer una enseñanza que quizá la misma masa rehusara» 10. El intelectual concebido como un ser aparte, lo que quiere decir más arriba, debe imponer a una masa renuente la enseñanza. Imagen que está presente también en el argumento de los distinguidos catedráticos de la Universidad de Oviedo cuando ven a los intelectuales como «minoría heterogénea y mal considerada en medio de una sociedad que desprecia el estudio». El intelectual como sustantivo es el correlato de la masa como mayoría social.

---

7 Discurso de Enrique Olaiz en José MARTÍNEZ RUIZ, *La voluntad*, Madrid, ed. de E. Inman Fox, 1989, pp. 235-239; Pío BAROJA, «Vieja España, Patria nueva», *El tablado de Arlequín*, pp. 53-55; Rafael ALTAMIRA, Adolfo G. BUYLLA, Adolfo POSADA y Aniceto SELA, *Oligarquía y caciquismo*, vol. 11, *Informes y Testimonios*, Madrid, ed. de Alfonso Ortí, 1975, pp. 90-92.

8 Constituir una categoría y tener o creer tener una función propia son las dos condiciones señaladas por Norberto BORRIO para que adquiera sentido la relación entre intelectuales y políticos: «Intellettualli e classe politica», en *Il dubbio e la scelta*, Roma, 1993, p. 31.

9 UNAMUNO, «La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España», *La España Moderna*, núm. 119, noviembre 1898, recogido por Elías DÍAZ en *Unamuno. Pensamiento político*, Madrid, 1965, pp. 175-176.

10 MARTÍNEZ RUIZ, *La voluntad*, 1. c.

La conciencia de intelectual emerge, pues, como contrapunto de una visión de la sociedad dividida en una mayoría amorfa, ignorante, pasiva, ineducada, grosera, fácilmente manipulable por los políticos, y una minoría selecta, dotada de inteligencia y sensibilidad, desdeñosa de la política. Naturalmente, una de las consecuencias inmediatas de esta visión de la sociedad es el juicio expeditivo, sumario, sobre los políticos profesionales. No es preciso detenerse en este punto, aunque no será ocioso recordar que el desprecio por la política, tal como se manifiesta en los intelectuales de fin de siglo, no está relacionado directamente con el funcionamiento del sistema de la Restauración ni es privativo de España, sino con algo más radical y extendido por toda Europa. Después de leer a un puñado de autores franceses, alemanes, ingleses, se preguntaba Edward Shils por qué razón «los escritores, los historiadores, los filósofos y otros intelectuales, grandes algunos e interesantes todos ellos, sentían tanta aversión hacia sus propias sociedades y hacia los dirigentes que las gobernaban»<sup>11</sup> y tal vez pueda radicar aquí una parte de la respuesta, en la ecuación que desarrollaron entre masa y perversidad de la democracia. Si la masa es número y si el número decide la formación de los gobiernos, entonces los gobiernos estarán afectados del mismo daño que la masa. Una y otra vez, los autores de fin de siglo vuelven a la idea de la democracia como dañada en su raíz por el hecho de basarse en el sufragio universal: «si la masa es soberana, si las multitudes han de elegir a sus representantes y delegados ¿cual habrá de ser la táctica de los que aspiren a la representación parlamentaria?», se pregunta Azorín en 1910, para responderse: «lógicamente el halago de todo lo que en las multitudes representa instintos y pasiones». En tales condiciones, los políticos y gobernantes serán «servidores vendidos a la multitud»<sup>12</sup>. Es la revuelta contra la masa y contra la democracia de masa, y el correlativo suspiro por «el hombre», el «buen tirano», el «tutor», el «héroe» o, más directamente, el dictador que arregle todo esto, lo que alimenta esta actitud de desprecio a la política; no el sistema específico que tienen ante los ojos.

Intelectuales aterrados por la emergencia y el ascenso de las masas, quizá porque «nada teme más el hombre que ser tocado por lo des-

---

<sup>11</sup> Edward SHILS, *Los intelectuales y el poder*, Buenos Aires, 1976, p. 9.

<sup>12</sup> AZORÍN, «Sufragio y democracia», *ABC*, 2 de junio de 1910. BARIJA, identificado ya con Fernando OSSORLÚ, confesaba no saber si había «alguna cosa más estúpida que ser republicano» y no veía ninguna otra que «el ser socialista y demócrata»: *Camino de perfección*. [1902], Madrid, 1993, p. 294.

conocido»; preocupados por el futuro de la alta cultura y del pensamiento elevado, profetas airados de la decadencia y críticos radicales de la democracia: tales son las actitudes políticas básicas de estos autores del fin de siglo, no sólo en España<sup>13</sup>. Resulta indiferente que se encuentren en tal o cual etapa de la evolución de su pensamiento político y hayan sufrido o estén a punto de sufrir, o no hayan todavía salido de la célebre crisis por la que todo hijo de vecino tiene que pasar, sin posibilidad de darse tantos aspavientos, cuando está a punto de cumplir la treintena y el principio de la realidad se impone al del placer. Por cierto, la evolución del pensamiento político de algunos de estos intelectuales cubre todos los campos posibles y lo que hoy se defiende puede ser lo que mañana se ataca: escritores de artículos de periódico como eran, no es la coherencia lo que rige su evolución ideológica, mucho más suelta de ataduras por el mismo hecho de que jamás entiende la palabra política como parte de una acción: la palabra no compromete a nada. Unamuno, por ejemplo, parece haber sido durante estos años krausista, positivista, krausopositivista, anarquista, liberal, libertario, liberal-libertario, marxista, socialista, nacionalista, humanista y alguna cosa más: verdaderamente, no perdió el tiempo<sup>14</sup>. Pero Martínez Ruiz, anarquista, pasó a ser, tras la consabida crisis que tanto debate ha originado, Azorín, maurista, sin cambiar para nada sus actitudes políticas básicas: ambos, Martínez Ruiz y Azorín, debeladores de la masa y de la democracia. Y Maeztu podrá también presumir de un nutrido bagaje de etapas, como Baroja. Pero, de nuevo, no es tanto el pensamiento como la actitud lo que interesa para la acción. Y la actitud es clara: desprecio hacia la masa, desdén por la política y anhelo por «el hombre». La afirmación del intelectual como sustantivo en la escena pública aparece así inextricablemente unida a la presencia de las masas y a la crisis que acarrió al sistema político liberal, plantado ante el dilema de mantener sus bases sobre un acuerdo entre elites o abrirlas a una incorporación de esa masa.

---

<sup>13</sup> Intelectuales aterrados, preocupados y airados, aunque cuidadosos de no romper los vínculos con la burguesía, en Amo MAYER, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, pp. 254-255. La frase entrecomillada abre *Masa y poder*, de Elías CANETII, Madrid, 1983.

<sup>14</sup> Ver los artículos de Nelson ORRINGER, INMAN Fox, Pedro RIBAS y Pedro CEREZO en Theodor BERCHEM y Hugo LAITENBERGER (coords.), *El joven Unamuno en su época*, Salamanca, 1997. «Fui yo quien, en un artículo de 1983, por primera vez descubrí el krausopositivismo que informa *En torno al casticismo*», advierte ORHINGER en su contribución.

A partir de esa actitud básica, los intelectuales de que aquí se trata —sobre todo, los de la llamada generación del 98— entendieron su acción como destinada simultáneamente a despertar a la masa, a zarandearla y agitarla, y a denunciar a los políticos y, más allá de ellos, a la política entendida como propuestas programáticas a desarrollar desde el gobierno, hacia las que Unamuno sentía un soberano desprecio<sup>16</sup>. Véase, por ejemplo, cómo entra en materia, pertrechado de la idea fuerza del intelectual separado de la masa, Ramiro de Maeztu: «a medida que transcurren los años se acentúa más y más la distancia entre la turba animal y los hombres de razón y de conciencia. Diríase que el progreso sólo redunda en los cerebros de *l'élite*», Ya tenemos, pues, al intelectual separado de la turba, animal en la ocasión. Y sigue Maeztu, sacando la inexorable consecuencia de tal supuesto: «entonces, cuando las masas se fatiguen de arrastrarse ante los sables y ante las sotanas, y vuelvan a impetrar su redención de los intelectuales, la palmeta del dómine que éstos empuñan hoy habrása transformado en el látigo de domador que les corresponde»<sup>17</sup>. No se podía decir con más contundentes imágenes: palmeta y látigo, he ahí lo que ha de ser el intelectual situado ante la masa o, como se veía a sí mismo Unamuno, agitador investido de cierto mandato divino: «Me acuesto con la conciencia de haber sacudido un espíritu y basta... Me desparramaré, sin cálculos egoístas. Desde hace algún tiempo, desde que pasé cierta honda crisis de conciencia, se va afirmando en mí una profundísima persuasión de que soy instrumento en manos de Dios para contribuir a la renovación espiritual de España». La crisis debió de ser honda, porque para salir de ella como instrumento en manos de Dios hay que haber sufrido experiencias al borde del delirio, algún desarreglo interior. En todo caso, Unamuno consideraba que su vida, sus «triumfos, la popularidad que voy alcanzando, mi elevación a este

---

<sup>15</sup> Aunque si tal concepto pudo ser considerado como el «suceso más perturbador y regresivo» para la crítica literaria por Ricardo GULLÓN, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, 1969, p. 7, lo es todavía más para el análisis político: no hay una generación política del 98.

<sup>16</sup> «Quería el pobre un programa detallado», escribe UNAMUNO de un joven que fue a verle, «¡un programa!... Me dio lástima aquel desgraciado infiel. Una juventud que pide eso que se suele llamar soluciones concretas y que jura sobre un credo cualquiera no es tal juventud», «¡Pistis y no gnosis!», *Revista política Iberoamericana*, 30 de enero de 1897, en *Pensamiento político*, pp. 139-140.

<sup>17</sup> MAEZTU, «Ideal nuevo», *El Progreso*, de 6 de febrero 1898, recogido por E. INMAN Fox en *Artículos desconocidos (1897-1904)*, Madrid, 1977, pp. 72-73.

rectorado (octubre 1900), todo ello me parece enderezado a ponerme en situación tal de autoridad y de prestigio que haga mi obra más fructuosa. Cuanto hasta hoy he escrito y he hablado en público no es más que preparación a mi verdadera labor, a mi obra, que acaso empiece el día en que me traslade a la Corte» 18.

Escrito y hablado, *writing and talking*: tal es «el modo central de influencia» de la nueva clase, que obtiene lo que quiere por medio de la retórica, publicando y hablando 19. Sus intereses políticos, pero también los económicos, dependen del acceso a los medios de comunicación. Constituida en categoría, convencida de su función, no había más que ponerse a hablar y a escribir: la elocuencia es su mejor arma. El modo más habitual, el que a todos ellos les proporcionaba sustento diario era el artículo periodístico. En este punto, cada cual se las arregló como pudo, y salvo el efímero período en que «Los Tres» firmaron conjuntamente algunas salidas a los periódicos, no se puede hablar de acción colectiva, de los intelectuales como sujeto de la acción. Más atención merece, porque aquí sí actuaban en grupo, el mutuo agasajo en forma de banquete o comida de fraternidad. Muy celebrado fue -más en la posterior elaboración literaria de sus protagonistas y en la investigación histórica que en el momento de su ocurrencia- el «yantar» que Martínez Ruiz organizó a Pío Baroja con ocasión de la publicación de *Camino de perfección* 20. Pero no fue el único: el banquete político-literario formó parte de la sociabilidad de los intelectuales al mismo título que la tertulia. Organizar un banquete, preparar el menú, acondicionar el salón, distribuir invitaciones, comer y beber con los saludos a los postres es, desde principios de siglo, una señal de distinción intelectual. Es más, podría decirse que era intelectual en la medida en que el nombre de uno apareciera en la convocatoria del acto o en la lista de asistentes distribuida a la prensa.

---

18 UNAMUNO a GINER, 3 de noviembre de 1900, y UNAMUNO a MÚGICA, 2 de diciembre de 1903, en D. GÓMEZ MOLLEDA, *Unamuno «agitador de espíritus»*, y Giner, *Correspondencia inédita*, Madrid, 1977, pp. 62-64 Y51-52

19 Alvin W. GOULDNER, *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Londres, 1979, p. 64.

20 Crónica del banquete con el menú, *El Imparcial*, 26 de marzo de 1902. JAVIER VARELA tiene este homenaje como uno de los «momentos fundacionales» de la Generación del 98, aunque su «aparición pública» se produjera un año antes, en el estreno de *Electra*: «El mito de Castilla en la Generación del 98», *Claves de Razón Práctica*, núm. 70, marzo 1997, pp. 10 Y 12.

Al mismo orden de cosas pertenecen otras formas de acción menos relacionadas con la política, aunque destinadas como el banquete a ser materia literaria del nuevo estilo de relato que alumbraba con el siglo: el celeberrimo viaje a Toledo de Martínez Ruiz y Baroja no habría sido nada si los viajeros no se hubieran preocupado de llamar la atención sobre él en sus novelas. Como tampoco nadie recordaría la necrofilia de los literatos de fin de siglo si Martínez Ruiz y Baroja no hubieran narrado su visita a la tumba de Larra y lo bien que se lo pasaban tumbados a la sombra de un ciprés. Rebosantes de lo que luego definirían como egolatría, estos literatos, a los que la prensa todavía llama «jóvenes escritores» mientras ellos mismos se tenían por «jóvenes entusiastas», hicieron de sus vidas materia de sus novelas hasta el punto de que el narrador-testigo acaba por eclipsarse «totalmente tras el protagonista, que asume la voz narrativa»<sup>21</sup>. Tomar estas acciones como muestras de una actitud política es tal vez excesivo, aunque ayudan a entender el sustrato sobre lo que se montará inmediatamente, lo que, ahora sí, constituye la acción política por excelencia de los intelectuales de la primera década del siglo: la conferencia y el manifiesto de protesta.

La conferencia política es un modo de presencia sumamente adecuado a la percepción que los intelectuales tenían de sí mismos como élite apartada de la masa y de su función como látigos y agitadores. La conferencia, en efecto, se impartía por un solo intelectual -el agitador-, pero era convocada por un conjunto de ellos -la élite- que se reservaba para sí misma el derecho de admisión al local. Ninguna como la impartida por Miguel de Unamuno el domingo 25 de febrero de 1906, a las once y media de la mañana, en el teatro de la Zarzuela de Madrid, ilumina la naturaleza de estos actos. Como aperitivo, Unamuno había escrito un artículo que él mismo tenía como lo «más decisivo, más resuelto, más franco y, por qué no he de decirlo, más valiente» que se había escrito nunca en España contra el militarismo. Pero desgraciadamente había aparecido en una revista de limitada circulación: un diario nunca se hubiera atrevido a publicarlo. Así, Unamuno lamentaba haber hablado en el vacío, lo que constituía -bien se puede sospechar- una pérdida incalculable. El rector de Salamanca no cejaba,

---

<sup>21</sup> Como señala Manuel M.ª PÉREZ LÓPEZ en «Introducción a José Martínez Huiz», *Antonio Azorín*, Madrid, 1991, p. 63. Para «la voluptuosidad de tenderse a la sombra en un cementerio», Pío BAROJA, *Camino de perfección*, p. 93. Los jóvenes entusiastas celebrando el aniversario de Larra, MARTÍNEZ RUIZ, *La voluntad*, cit., pp. 241-247, que reproduce un texto de BARRIJA sobre el mismo acontecimiento.

sin embargo, en el empeño y prometía escribir otro que sería «mil veces más de escándalo», aunque temía de nuevo que se hundiría también en el vacío. Ante tan patética llamada de socorro, «la flor y nata del intelectualismo» madrileño manifestó públicamente su adhesión a los dos artículos y reclamó con un escrito encabezado por Emilia Pardo Bazán su presencia en Madrid para que todo el mundo se enterase del «J'accuse» escrito por el sabio catedrático. Madrid, pues, se preparó a oír la conferencia <sup>22</sup>.

Qué digo Madrid, España entera, si se toma en serio al conferenciante cuando comenzó su parlamento con un sonoro: españoles. No importa ahora lo que «el ingenioso paradojista» dijera en la ocasión ni el desconcierto y frustración, o el regocijo y rechifla, que provocó tan furibundo antimilitarista al proclamar desde la tribuna que «acaso constituya un bien en España el militarismo» y arremeter contra la prensa y todo bicho viviente, sino el ritual del acto, la movilización de los espíritus que lo rodean, los anuncios y la foto en los periódicos, la convocatoria, la llegada del conferenciante en el tren de Salamanca -¿vendrá en el *sleeping* o viajará en tercera, por aquello de chapuzarse en pueblo?-, su peregrinación por diferentes Ministerios y por el Congreso; el mismísimo capitán general disponiendo la presencia de un auditor militar y dos taquígrafos para tomar buena nota de lo que se diga; la multitud arremolinada ante la entrada de la Zarzuela, sin poder acceder a la sala; el patio, los palcos, el paraíso, los pasillos, todo, todo rebosante de espectadores, entre los se encuentra «numerosamente representado el pueblo, las clases populares y trabajadoras», pero en el que destaca, esbelta, guapa, distinguida, Gloria, la condesita de Requena, que aparece junto a doña Emilia. El presidente da por fin la orden: que llamen a don Miguel. Y Unamuno, que hace el paseíllo en medio de «una atronadora, de una gigantesca salva de aplausos», se sienta, y después de las breves palabras de *lunoy*, saluda: Españoles, y comienza a hablar, sólo interrumpido por las fervorosas ovaciones del público <sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Hay un detallado tratamiento de los antecedentes y el desarrollo de esta conferencia en Cecilio ALONSO, *Intelectuales en crisis*, Alicante, 1985, pp. 52-114, de donde tomo las citas de la carta de UNAMUNO a ZULUETA. Que vino llamado por la flor y nata es de Manuel TROYANO, «Alrededor de la conferencia», *ABC*, 25 de febrero de 1906.

<sup>23</sup> UNAMUNO como ingenioso paradojista, «Después de oír», *El Imparcial*, 26 de febrero de 1906. El regocijo y la rechifla es de «¡Guarda, que es podencol- y «El agitador», *La Correspondencia Militar*, 26 y 27 de febrero. Para toda la parafernalia

Este modo de presencia es el más adecuado, pero no el único, para que los intelectuales expresen su protesta. La de Unamuno fue, en esta ocasión, y como escribía Azorín en *ABe*, «una crítica de todo y para todos, hecha, con una admirable alteza espiritual, ante una masa popular cuyo aplauso, cuya aprobación no tenía para nada en cuenta el conferenciante»: privilegios de espíritus elevados que no buscan el fácil aplauso de las masas. Pero sí la conferencia obtiene, sin buscarlo, el aplauso del público y ahí acaba su función, volviendo luego cada cual a su casa; cuando se reúnen con sus firmas en apoyo de algún manifiesto, los intelectuales pretenden alcanzar un objetivo más concreto e inmediato. Es éste, por lo demás, el modo bautismal de los intelectuales como sustantivo: aparecieron identificándose con esta voz cuando comenzaron a firmar manifiestos de protesta. Lo hicieron en Francia por el asunto Dreyfuss y lo harán también en España por los juicios de Montjuich<sup>24</sup>. Pero todavía habría de transcurrir algún tiempo para que la protesta apareciera vinculada al intelectual. En esta ocasión ocurrió por un motivo menor, la solución de una de las crisis de gobierno que esmaltaron la vida política desde el 98 y que llevaría a la presidencia del Consejo a Montero Ríos. A primera vista resulta sorprendente que «la protesta de los intelectuales», anunciada en alguna prensa a toda plana, bajo este epígrafe, surgiera por tan baladí motivo, alejado de la defensa de valores universales y de derechos fundamentales a la que normalmente se vincula la acción pública del intelectual. Pero cuando se fija la atención en el texto salta a la vista su carácter ejemplar, paradigmático, de lo que estos intelectuales creen que son y de la función que deben desempeñar cuando iban a medio transcurrir los años diez.

El texto comienza con una curiosa constatación: «los que firmamos esta protesta no somos unos desconocidos», para en seguida pasar a un no menos sorprendente lamento: «se nos ignora en el mundo político». Ignorados de los políticos, pero no desconocidos del público: así se

---

que rodeó el acto: AZORÍN, «La conferencia de Unamuno», *ABC*, 26 de febrero, y la crónica del mismo día de *El País*; AZORÍN polemizó discretamente con *El Imparcial* sobre los momentos exactos en que sonaron salvas de aplausos, «Una observación», *ABC*, 28 de febrero.

<sup>24</sup> Para estas primeras actividades, Donald SHAW, *La Generación del 98*, Madrid, 1985, pp. 33-44, con referencias a las protestas de Montjuich, las revistas literarias, la idea de formar una agrupación, los manifiestos de «Los Tres» y el contra-homenaje a Echegaray.

presentan los firmantes, orgullosos de que su «hermandad en el mundo intelectual» valga más que aquella ignorancia del mundo político. Una vez identificados, los firmantes se sienten obligados a dar razón de su acto. La protesta «no nace de veleidades que nos arrastren hoy a la política», dicen, sino de un profundo sentimiento, de «una dolorosa y violenta angustia, una desesperación casi anárquica ante el espectáculo de un pueblo entregado a quien no vacila en despojarse de toda fuerza moral para crear en el Gobierno de la nación un asilo a sus hijos, yernos y criados». Frente a tanta abyección, los firmantes, con la pureza que emana de saberse «alejados y desdeñosos de la política y sus medros... nos alzamos jueces de este linaje de ambición que concita el rencor torvo y airado de todo un pueblo», El hombre que firmó el Tratado de París y que forma con el cortejo de sus deudos un gobierno nepotista no es digno de gobernar.

En esto consiste «la protesta de los intelectuales». Y en ella se revelan con singular fuerza los elementos que conforman la actitud y la acción política de esta categoría social. Ante todo, el orgullo propio de quien se sabe parte de una élite de la inteligencia o, como dicen, del mundo intelectual. Siendo pura y elevada, la élite se mueve a la acción guiada exclusivamente por elevados y puros valores: una angustia moral que procede de la contemplación de un pueblo pasivo ante sus gobernantes. Se rebelan, pues, en sustitución de ese pueblo reconcomido de rencor pero incapaz de expresarlo. Y si el motivo de la rebelión es del todo desprendido, la legitimación no puede aspirar a menos: los intelectuales se alzan vestidos de la toga de juez supremo. No llaman al pueblo a la acción, como sería lógico esperar de quienes se sienten angustiados por su pasividad; tampoco proponen una campaña organizada, alguna agrupación o asociación, ni exigen la convocatoria de elecciones limpias. Sencillamente, protestan por la formación de un Gobierno presidido por alguien a quien se juzga responsable del Tratado de París y que tiene el atrevimiento de nombrar a su yerno ministro de alguna cosa; emiten un juicio de condenación, firman y lo llevan a los periódicos, que ya se encargarán de hacerlo llegar al público <sup>25</sup>.

Tal es la política de los intelectuales. Sus efectos son previsibles. Firmado en cabeza por Pérez Galdós, pero contando entre otros con los nombres de Blasco Ibáñez, Baroja, Azorín, Pérez de Ayala, Valle-In-

---

<sup>25</sup> «La protesta», *El País*, 28 de junio de 1905.

clán, los periódicos la publican y añaden, como es de rigor, sus comentarios editoriales. *El País* dice que los protestantes tienen mucho de qué protestar y que lo único raro de todo el asunto es que no hayan protestado antes, aunque, en fin, más vale tarde que nunca. *El Imparcial* se congratula porque lo recogido por el señor Pérez Galdós y demás firmantes ya hacía mucho tiempo que lo decía él, de manera que no hay por qué extrañarse de que también lo digan ahora tan ilustres personas. *El Socialista*, todavía defensor a ultranza de la incontaminación del partido obrero con cualquier contacto burgués, tiene esos desdenes de que tanto presumen los intelectuales como un abuso de la credulidad de los lectores, pues entre los firmantes no hay sólo escritores, sino algunos hombres públicos que han sacado jugo a la política. *El Liberal*, en fin, no deja escapar la ocasión de formularles un reproche: si mantienen hacia la política esos desdenes e iracundias y se vuelven, como amenazan, a sus torres ebúrneas, la protesta, como hecho aislado, carecerá de eficacia. Así fue: un manifiesto, unos comentarios el día siguiente, alguna pequeña escaramuza en relación con los firmantes y poco más. Ése es, por el momento, todo el resultado que se puede esperar de la protesta de los intelectuales <sup>26</sup>.

## 2. Liga

Habría que dejar pasar unos años todavía para que la protesta que el intelectual pronuncia por la palabra y el escrito, y que se difumina una vez apagados sus ecos en los comentarios del público y en el debate periodístico, aspire a permanecer en el tiempo como acción continuada y sostenida en alguna forma de asociación de intelectuales. Unos años y algunas experiencias que modifiquen significativamente la percepción de la relación intelectual-masa en la que se había basado la política de los intelectuales durante la crisis de fin de siglo. Entonces el intelectual se sentía poco seguro de su puesto en la sociedad, amenazada su antigua preeminencia por el solo hecho de ser artista o escritor de mérito, rodeado de una masa ignorante, angustiado por la decadencia de la nación y la degeneración de la raza. Mirmó enfáticamente su independencia y, a la vez, su aislada superioridad, pero salvo ocasiones esporádicas no se sintió parte de una categoría social formalizada, segura

---

de sí, disponiendo de recursos para la acción. De ahí que lo fiara todo a la palabra escrita o hablada, pero que renunciara, apenas ponía manos a la obra, a la organización. Salvo los proyectos del año 1901 no surgirán nuevos intentos de agrupar a los intelectuales con vistas a alguna acción política.

Esto es lo que cambia, con tantas otras cosas en la política española, a partir de 1909. Si por seguir con ese modo de acción política de los intelectuales que es la conferencia se alarga la mirada hasta la que impartió Ramiro de Maeztu en el Ateneo de Madrid el 7 de diciembre de 1910, se advertirá que ese año de 1909 supuso una divisoria en la percepción que los intelectuales tenían de sí mismos y de la política. Y no por casualidad, esa percepción tuvo que ver con algo ocurrido a las masas. Dicho con palabras de Maeztu: «desde julio de 1909 sabemos que la revolución española ha empezado a operar con independencia de nuestras clases intelectuales»: el cloroformo y la camisa de fuerza que el Gobierno ha empleado para someter a los intelectuales no ha podido repetirse «con la masa del pueblo». Lo cual llevaba al conferenciante a realizar un balance pesimista sobre el efecto de la presencia de los intelectuales hasta ese momento. Por una parte, eran pocos, pero, además, la conspiración de los elogios resultó más funesta que la conspiración del silencio: gritábamos y se respondía llamándonos distinguidos, discretos, laboriosos; elevábamos el grito al alarido y se nos calificaba de insignes, eximios, eminentes. Con ésas, cuando cesaron de dar gritos y miraron a su alrededor, «las cosas seguían como antes». Algunos abandonaron la lucha, otros -como el mismo Maeztu- se retiraron a pensar y otros, en fin, renunciaron «a vivir la vida nacional». La protesta había terminado en nada <sup>27</sup>.

Pero he aquí que las masas inician la revolución. Es hora, por tanto, de pensar de nuevo qué son los intelectuales y para qué sirven. Y Maeztu observa agudamente que los intelectuales comenzaban a surgir en España no ya «como aerolitos venidos del cielo y monstruos de la naturaleza, sino de un modo sistemático y enlazándonos los unos en los otros en la cadena ideal de maestros y discípulos». Maeztu percibe así que una generación más recia, más disciplinada, más austera, apunta en el horizonte. En realidad, no se trata de un desarrollo de la anterior; no es que los intelectuales «nacieran» a finales de siglo y llegaran ahora a su plena juventud, sino que estamos ante un tipo de intelectual

---

que no procede del anterior, sino que es otro. Gramsci lo vio perfectamente cuando distinguió al tipo tradicional y vulgarizado de intelectual ofrecido por el literato, el filósofo, el artista, el periodista, del nuevo tipo de intelectual cuya base «debe darla la educación técnica, íntimamente relacionada con el trabajo industrial». La nueva generación de la que habla Maeztu estaba formada en su núcleo central por los jóvenes que comienzan a salir a diversas universidades europeas pensionados por la Junta para Ampliación de Estudios y que consiguen pronto una plaza de catedrático en la Universidad o en los institutos de segunda enseñanza; es decir, poseen una formación profesional y disponen de una situación social más firme. No importa que Maeztu no ofrezca en su conferencia más programa que una repetición de las propuestas de Costa: trabajar y enseñar; lo que importa es que esta percepción de los intelectuales como clase va de la mano de la afirmación de que ha empezado a «bambolearse la inerte pasividad del pueblo en que se fundamentaban nuestras oligarquías». La consecuencia es inmediata: o los intelectuales se ponen a la cabeza de ese pueblo en movimiento, de esa masa que ya no es inerte o la revolución se hará sin los intelectuales; siendo como es el problema español un problema de cultura «nos encontramos con que el pueblo se nos ha escapado moralmente y sólo espera una ocasión propicia, una guerra exterior, una guerra civil, una revolución política, para caer sobre todos nosotros»<sup>28</sup>.

Como Ramón Pérez de Ayala observó con ironía, la queja que exponía Maeztu desde la tribuna era antigua y su forma era de Ortega. La conferencia, añadía, es un plagio de los artículos de Ortega<sup>29</sup>. Plagio o no, Maeztu reconoció en la misma conferencia a Ortega como gran maestro de aquella generación y le invitó a que marcara el camino. Y a Ortega corresponde ciertamente haber definido lo que un intelectual es y la función que a los intelectuales corresponde. No por casualidad, el primer escrito que Ortega envió a publicación en su primera juventud evocaba al hombre lúgubre de las multitudes y lamentaba la sustitución de las influencias personales por las influencias de la masa. La multitud como turba, escribía Ortega, es torpe como un animal primitivo, mostrando su acuerdo con Montesquieu cuando temía que entre ocho caben

---

<sup>28</sup> MAEZTU, I. C.; ANTONIO GRAMSCI, «La formación de los intelectuales», *Antología*, selección y notas de Manuel Sacristán, México, 1970, pp. 388-396.

más necios que entre dos. La masa impersonal frente a los «hombres con criterio delicado» fue así la preocupación central de Ortega desde el mismo momento en que se decidió a escribir, cuando aún no había cumplido los veinte años <sup>30</sup>.

Hay, pues, en Ortega, desde el primer momento, masa e intelectuales frente a frente. Pero no como los percibían «los señores de treinta años». Ortega se erigió en seguida en crítico de la generación inmediatamente anterior a la que reprochaba su inclinación al misticismo, su propensión a despreciar el dato y hacer majaderías, su irrupción como «bárbaros en estos campos de las ideas», su esperanza en el genio, en la que sólo veía una manifestación más del espíritu de lotería. Prefiero, le escribe a Unamuno, la labor de cien hombres de mediano talento pero honrados y tenaces que la aparición de «ese genio, de ese Napoleón que esperamos y que llamaba Baroja con el nombre de Dictador en el último número de *Alma Española*». No comparte Ortega el «viento de personalismo, corto de miras, estéril» que corre por «todos los ánimos de los intelectuales nuestros de hoy» <sup>31</sup>.

Son, enunciados desde 1904, los temas de la crítica persistente de Ortega a lo que diez años después se comenzará a conocer, acuñado el concepto por Ortega con destino a su propia generación pero hurtado por Azorín para aplicarlo a la suya, como generación del 98 <sup>32</sup>. De ellos, el que más interesa para la definición de una nueva relación entre masa e intelectuales es la incipiente confianza en esos cien hombres de mediano talento pero honrados y tenaces sobre la ilusión en la lotería del genio. ¿Cien hombres? Ortega los va a poder contar con creces en muy pocos años, y no de mediano sino de sobrado talento. Son, ahora sí, los intelectuales como generación, que le va pisando los talones a aquella otra generación de bárbaros que se limitó a destrozarlo todo y luego se quedó despavorida, sin padres y sin casa, corriendo a campo traviesa, como si fueran malhechores intelectuales. Ahora es otra cosa, ahora los intelectuales se han vuelto visibles.

<sup>30</sup> José ORTEGA y GASSET, «Glosas», *Vida Nueva*, *op. cit.*, 1 de diciembre de 1901, Madrid, 1986, vol. 1, pp. 15-16.

<sup>31</sup> ORTEGA a UNAMUNO, 6 de enero de 1904, en *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Madrid, ed. de Laureano Robles, 1987, pp. 29-32. «Fue una irrupción insospechada de bárbaros interiores», escribirá de nuevo ORTEGA en 1915: «Pío Baroja, anatomía de un alma dispersa», *op. cit.*, núm. 9, p. 494.

<sup>32</sup> Vicente CACHO VIU, «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*.

La nueva percepción no habría sido posible si la sociedad española no hubiera sufrido por los años en que Ortega escribía de los intelectuales el comienzo de su gran transformación. Se ha recordado muchas veces, pero no será ocioso repetirlo: la emigración del campo a las ciudades adquirió las proporciones de una avalancha, la gente salía de la agricultura por cientos de miles para buscar trabajo en las industrias, la construcción y los servicios; las ciudades crecieron, los extrarradios se inundaron de un proletariado que comenzó a movilizarse en huelgas generales de proporciones masivas; los ensanches se ocupaban a buen ritmo, recibiendo a una clase media de nuevo tipo, más profesional, más diversificada que la del siglo anterior; los jóvenes hacen visible su presencia en las calles de la ciudad, en los cafés, los ateneos, las sociedades literarias y científicas. No cabía duda, para quien no se dejara llevar por aquella «peste reinante de acabamiento y desesperanzas» -por lo demás, no exclusivamente española- que una gente nueva, gente joven, pugnaba por emerger presionando desde abajo y desde los márgenes de las viejas ciudades<sup>33</sup>. Nuevo y viejo no eran sólo en los años diez y veinte una metáfora, una figura literaria: era que la demografía había cambiado de signo y que las ciudades, en camino de doblar su población, rebosaban por todas partes de jóvenes.

¿Qué hacer? Si el problema de España se definía parcialmente en términos costianos como ausencia de educación y cultura y se situaba el remedio en el acelerado impulso de europeización, y si la sociedad se pensaba formada por minorías y masas, entonces estaba claro que se trataba de formar una minoría capaz de reconstruir la comunidad orgánica, que sirviera de cimiento a la sociedad asumiendo su papel director de la masa. Ortega imaginaba que España era metafísicamente un dolor, que no existía como nación, postulado en el que Cacho ha visto un recurso modernista para suscitar un patriotismo dinámico: si no hay nación, habrá que hacerla, tal es la primera consecuencia del dolor de España, como muchos años después la afirmación de que no hay Estado servirá sólo como consigna para proceder a su reconstrucción<sup>34</sup>.

Pero toda sociedad organizada, toda comunidad moral consiste en masas movilizadas y minorías directoras. No se trata, por tanto, de

---

<sup>33</sup> Salvador RODRIGO [Manuel Azaña], «El paso honroso», *Gente Vieja*, 10 de marzo de 1901, en *op. cit.*, vol. 1, México, ed. de Juan Marichal, 1966, p. 17.

<sup>34</sup> CACHO, I. c.; ORTEGA reprochará a los socialistas, tras su acercamiento, que el internacionalismo y la lucha de clases les impedía poner manos a la tarea de hacer

hacer Vieja política en el sentido de ingresar en un partido, o crear otro nuevo, con objeto de presentarse ante las masas, solicitar su voto, llegar al Gobierno y a las instituciones políticas para, desde allí, llevar a la práctica un programa detallado de regeneración. Eso no está, por el momento, en el orden del día de las minorías directoras por la muy simple razón de que esas minorías no existen como tales. Existen, sí, los individuos que pueden formarlas, los hombres de talento, pero esos hombres de talento carecen de organización. Hay que organizarlos, hay que fomentar, como primera exigencia de hacer nación, «la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas». Esa es la tarea de los intelectuales, tal como se presenta a finales de 1913 <sup>35</sup>.

Finales de 1913. La experiencia de una revolución de masa sin dirección política ya está hecha: de ella había derivado Maeztu en su conferencia del Ateneo una primera conclusión sobre el sombrío horizonte que se avecinaba si la revolución pasaba por encima de los intelectuales. Estaba hecha también la experiencia de la incorporación del socialismo a las prácticas de la política parlamentaria, que había mostrado sobre todo lo limitado de su atractivo para esa clase media que no dejaba de crecer en las ciudades pero que no acudió presurosa a engrosar las filas del partido obrero. Está además en curso el proceso de disolución de la vieja política, la de partidos turnantes, incapaces, tras el asesinato de Canalejas, de ponerse de acuerdo sobre a quién le tocaba presidir el Gobierno y fragmentados en capillas en torno a los notables. El Rey parecía dispuesto a abrir una puerta a la esperanza de renovación de la vida política con la resonante visita a Palacio de tres distinguidos intelectuales de la generación mayor: Azcárate, Cossío y Ramón y Cajal. En fin, y quizá lo más importante, estaba en sus inicios la experiencia del reformismo con la convocatoria de Melquiades Álvarez a esa juventud nueva para adentrarse por los caminos de la democratización de la monarquía; no se habían olvidado los ecos levantados en el banquete de presentación del nuevo partido, celebrado en el Palacio de la Industria del Retiro en abril de 1912, cuando el líder reformista se vio rodeado, en octubre de 1913, por cerca de dos mil comensales reunidos para ofrecerle un homenaje en «los espaciosos comedores que circundan el hall» del Palacio de Hotel

---

España, de nacionalizar el socialismo: «Miscelánea socialista», *El Imparcial*, . . . *cit.*, núm. 10,6 de octubre de 1912, pp. 203-206.

<sup>35</sup> En el «Prospecto de la Liga Educación Política Española». OHTEGA, *op. cit.*, núm. 1, pp. 301-303.

de Madrid: «ayer nació en nuestra política una fuerza de la que en adelante será imposible prescindir», escribió *El Imparcial* al día siguiente<sup>36</sup>.

Todo indicaba que había sonado la hora de la nueva generación, la llegada por entonces a la mitad del camino de la vida. Ortega, al menos, así lo creía, y a pesar de su juventud, Ortega era ya maestro reconocido en el Madrid de aquellos años. Le faltaba salir de su «aparente indiferencia para cuanto con la política se relaciona», dar el paso adelante y lanzarse a la palestra: lo hará recurriendo a los mismos modos de presencia intelectual de la gente del 98, escribiendo y hablando. Lo primero, con un prospecto de la Liga de Educación Política que comienza a circular en octubre de 1913 con las firmas de Azaña, Cancedo, De los Ríos, marqués de Palomares del Duero, Palacios, Carcía Morente, Bernaldo de Quirós y Viñuales, a los que se irá añadiendo una larga lista de intelectuales con dos notas comunes, o casi: habían participado en el homenaje a Melquiades Álvarez y la mayoría de ellos no habían adquirido aún la relevancia pública de los literatos de la generación anterior, los que habían sustentado la palabra y que ahora aparecían ausentes, excepto Ramiro de Maeztu, entre los adheridos. Lo segundo, como exigía la tradición, con una conferencia que impartirá, como era también requisito de las grandes ocasiones, en un teatro de Madrid, el de la Comedia<sup>37</sup>.

Vieja y Nueva Política: ése era el título de la conferencia a la que asistió lo más saliente, lo más granado de la intelectualidad. Todas las crónicas coinciden en el uso del neologismo: intelectualidad desplaza a intelectuales a la hora de dar cuenta de la numerosísima concurrencia al acto. No son sólo «los intelectuales», que en el uso anterior denotaba un grupo reducido de personas, la mayor parte de ellas artistas y literatos,

---

<sup>36</sup> *El Imparcial* celebró como «jornada histórica» la presencia de «los republicanos en Palacio», 15 de enero de 1913, mientras *El País* destacaba ese mismo día el significado social de la visita titulado «La intelectualidad en Palacio». Para el acto del Retiro, «Un nuevo partido», «El programa reformista» y «El partido reformista», *El Imparcial*, 7 y 8 de abril de 1912. Para el banquete del Palace, *El Imparcial*, 24 de octubre de 1913, y la muy sentimental despedida de *El País*, «[Adiós, ex correligionarios!]. De ambos banquetes trata Manuel SÚÁREZ, *El reformismo en España*, Madrid, 1986, pp. 71-75 Y 116-117, con lista parcial de asistentes.

<sup>37</sup> Fecha de circulación del folleto y lista de primeros firmantes, Juan MALUCHAL, «La vocación de Manuel Azaña», en Manuel AZAÑA, *op. cit.*, 1, p. LXIX. Lista completa de miembros, Gonzalo REDONDO, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, vol. 1, Madrid, 1970, p. 84.

sino «la intelectualidad», con su pretensión de totalidad —la intelectualidad madrileña, según unos, la española según otros— y su connotación más profesional que artística o literaria. Intelectual había comenzado a designar, en buena medida gracias al uso en ese sentido del mismo conferenciante a quien ahora la intelectualidad se aprestaba a escuchar, a los «nuevos hombres privilegiados de la injusta sociedad: médicos, ingenieros, profesores y comerciantes, industriales y técnicos». Ésa era la realidad que cubría la categoría de intelectualidad, el nuevo tipo de intelectual: gentes nuevas en su privilegio, notables ya por su cantidad y su calidad, con una posición conquistada a base de conocimiento y ejercicio profesional, muchachos universitarios, como dirá *ABe*, que han salido como pensionados a Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, que han sentido cierto rubor internacional, y que a su vuelta se han ido «apoderando de la cátedra, el laboratorio, el libro y el periódico». A ellos, y a una «multitud de damas», a las «no pocas bellas y distinguidas señoras» que daban realce al acto con su sola presencia, es a quienes se dirige Ortega <sup>38</sup>.

y lo hará para algo más, y diferente, que la protesta de Unamuno varios años antes. Por supuesto, Ortega también denuncia no a tal o cual institución, sino a un régimen, el de Cánovas, y a una política, la vieja, la de los partidos dinásticos. Pero no es el Estado ni la política lo que más le preocupa; no le parece que sea el Gobierno el «órgano único y decisivo de la vida nacional». Hay que exigir, desde luego, mucho mayor rendimiento a la máquina del Estado, pero «queda por exigir mucho más a los otros órganos nacionales que no son el Estado... que es la libre espontaneidad de la sociedad». Y ahí es donde la nueva clase debe poner su empeño en crear «órganos de socialidad, cultura, técnica, mutualismo, vida, en fin, humana en todos los sentidos». No que Ortega no perciba el interés de la política o que no quiera hacerla, sino que de acuerdo con su percepción de la escasa densidad de la sociedad española la nueva clase tiene que echar sobre sus hombros una tarea previa: hacer sociedad, o sea, organizar a la minoría selecta para que se sitúe en condiciones de educar a la masa. Tal era su empeño, muy cercano al nonato proyecto que Maeztu exponía a principios de siglo: una asociación con cuantos han demostrado su capacidad intelectual, pedagogos, sociólogos, civilistas, criminalistas, técnicos de

---

<sup>38</sup> Estas observaciones proceden de los editoriales y las crónicas aparecidas en *El Liberal*, *ABe* y *El Imparcial*, 24 de marzo de 1914. Es significativo que sólo *El Socialista* hable de un público formado «en su mayor parte por intelectuales y obreros».

Hacienda, sin olvidar a los artistas, literatos, «puente que une al sociólogo con el pueblo»; todos ellos de posición independiente, de cultura probada y ajenos a los intereses de clase y al espíritu de cuerpo. Maeztu creía, como creará Ortega, que el partido político no era lugar idóneo para el intelectual porque le obligaba a sacrificar su independencia. Había que hacer otra cosa, una asociación, un centro de consulta que orientara a la política española en la dirección señalada por Costa: difundir la enseñanza y multiplicar la riqueza pública <sup>39</sup>.

Ortega tampoco quería un partido: «la Liga no es hoy un partido parlamentario; yo ahora no pido votos; yo ahora no hablo a las masas». No era el momento de hacer política en el sentido convencional del término, como utilización de recursos para «captar el Poder». No era el poder, ni el Gobierno lo que importaba, sino el trenzado de la trama sobre la que después se podrá ascender desde una sociedad más densa hasta un Estado más eficaz. Ortega pospone la urgencia de la llegada a las instituciones en favor de la organización de la minoría selecta en el terreno que le es propio: la reconstrucción de un discurso de totalidad, un discurso de nación, que la legitime para emprender la gran tarea de educar a la masa. No es difícil percibir en esta posición el intento de construir aquel «estrato carente de fijeza, relativamente desclasado», que era la *Intelligenz* para Karl Mannheim. Un estrato ---escribía Mannheim- que una sociología exclusivamente orientada en términos de clase no puede entender fácilmente. De hecho, tampoco Mannheim la entendió por completo, pues a esos intelectuales que, procedentes de las capas adineradas, del funcionariado y de las profesiones liberales, aparecían unidos de modo principal por la educación, les aguardaba un dilema insuperable: o afiliarse a una u otra de las clases antagónicas o buscar «el cumplimiento de su misión como el abogado predestinado de los intereses intelectuales del todo», lo que llevaría al intelectual a «hacerse consciente de su propia posición social y de la misión implícita en ella»; una posición que no es de clase en una sociedad que es de clase. Por eso, tal vez, cuando se trata de examinar la posibilidad de una política adecuada a los intelectuales Mannheim se sale por la tangente reconociendo que tal investigación «demostraría probablemente que los intelectuales no podrían, en la actualidad, llevar a cabo una política activa independiente» <sup>40</sup>.

---

<sup>39</sup> Ramiro DE MAEZTU, «Asociación en proyecto», *El Imparcial*, 6 de enero de 1902.

<sup>40</sup> Karl MANNHEIM, *Ideología y utopía* [1936], Madrid, 1966, pp. 216-227.

Ortega, que rumiaba desde antes de 1914 algo similar a lo que Mannheim escribirá veinte años después, renuncia de antemano a esa política independiente si por tal se entiende una especie de partido de intelectuales obligado a pedir el voto y a llevar a sus elegidos al Parlamento. Sin duda, la minoría selecta que le rodea y que aparece en trance de constituirse como «intelectualidad socialmente desligada» ha mostrado ya sus preferencias en el ámbito político: ninguno de los que se adhieren a la Liga, ni él mismo, ocultará su «simpatía por un movimiento reciente que ha puesto a muchos republicanos en ruta hacia la monarquía», Políticamente ahí, en algún punto de esa ruta que lleva del republicanismo al monarquismo pasando por el reformismo, es donde se sitúa la intelectualidad, que tiene a la democracia como único valor «inmutable e imprescindible», marginando por el momento la cuestión de la forma de Gobierno. Pero aunque Ortega no rechace que cada intelectual pueda incorporarse individualmente a un partido, insiste en una tarea política propia, específica de la intelectualidad y situada al margen de la lucha por el poder: organizarse como tal con el propósito de erigirse en minoría dirigente de la sociedad<sup>41</sup>. A partir de esa organización es como pesará en la política. Éste era su empeño.

A diferencia de lo ocurrido con la protesta de los intelectuales de 1905 y la conferencia de Unamuno de 1906, Ortega causó en aquel teatro de La Comedia, tal como lo recuerda uno de sus oyentes, Ramón Carande, una «enorme impresión al hablar de la radical antinomia existente entre lo que imperaba en la vida política y lo que exigían apremiantes necesidades». Ortega, sigue Carande, asumía su papel de incitador; quería desembarazarnos de lo caduco, despertar fuerzas dormidas. Los aplausos fueron estruendosos, las adhesiones numerosas, las promesas orales incalculables. Un joven que le escuchaba, Luis García Bilbao, fue a verle y puso a su disposición el dinero que había recibido en una reciente herencia con objeto de que promoviera «la política preconizada en la conferencia»<sup>42</sup>. Ortega fundó con ese dinero la revista

---

<sup>41</sup> ORTEGA, «Vieja y nueva política», *op. cit.*, núm. 1, 23 de marzo de 1914, pp. 268-292.

<sup>42</sup> Este recuerdo de la conferencia y de García Bilbao es de Ramón CARANDE, *Galería de raros*, Madrid, 1982, pp. 79-80. Yerra doblemente José María Marco al situar la conferencia en octubre de 1914 -idespués de iniciada la Gran Guerra!- y atribuir al «empresario Nicolás María Urgoiti» la financiación de *España: La libertad traicionada*, Madrid, 1997, pp. 229 Y237.

*España*, que el 29 de enero de 1915 saludaba al lector y decía: «Nacido del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario *España*.» Hacían la revista gente «ni del todo moza ni del todo vieja», que había asistido desde 1898 al desenvolvimiento de la vida española sin haber recibido en ese tiempo más que impresiones ingratas. Cuanto más patriotas éramos, más enojo sentíamos, sigue el saludo, que con una retórica vacía de contenidos concretos acababa por preguntar si lo que había detrás de todo aquello era un partido. No, «no somos de ningún partido actual porque las diferencias que separan unos de otros responden cuando más a palabras y no a diferencias reales de opinión. Hay que confundir los partidos de hoy para que sean posibles mañana nuevos partidos vigorosos» 43.

Ese aplazamiento de la acción resultó nefasto para el propósito de Ortega, porque le obligó a una posición de espectador, título que no por casualidad dará a su revista individual cuando al cabo de un año abandone *España*. Ciertamente, Ortega jamás renuncia a la esperanza de que en «la clase intelectual reside vagamente la única posibilidad de constituir una minoría selecta capaz de influir hondamente en los destinos étnicos y dar un comienzo de organización a este pueblo nuestro que se deshace y atomiza día por día» 44, pero esa esperanza es cada vez más ilusoria, puesto que las sucesivas ligas en las que se reúne esa clase intelectual, nacidas todas al calor de algún entusiasmo pasajero, duran lo que el impulso originario. Ortega, sin embargo, no cesó en el empeño de organizar a la clase intelectual, y todavía en 1930, después del vibrante artículo en el que instaba a demoler la monarquía y a reconstruir el Estado, vuelve a las iniciativas de su juventud, y a pesar de que ya no existen los partidos dinásticos, lanza una nueva versión de la Liga de Educación Política con el nombre ahora de Agrupación al Servicio de la República, dispuesta a «movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República». Como si fuera el eco de la llamada de 1914, Ortega, Pérez de Ayala y Marañón convocan de nuevo a todo el profesorado y al magisterio, a los artistas y escritores, a los médicos, ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, abogados, notarios y demás hombres de ley. Era en verdad una «leva general» de españoles de oficio intelectual. ¿Para formar un partido?, se podría

---

43 «*España* saluda al lector y dice:», *España*, núm. 1, 29 de enero de 1915, p. 1.

44 ORTEGA, «Imperativo de intelectualidad», *España*, 303, 14 de enero de 1922, p.139.

preguntar repitiendo la pregunta que el mismo Ortega se hacía en 1915. No; cada cual podría ir al partido que quisiera, pero juntos, con «este organismo de avanzada, disciplinado y extendido sobre España» la tarea consistiría en actuar «apasionadamente sobre el resto' del cuerpo nacional»: una metáfora de profundas connotaciones eróticas pero carente de contenidos políticos más allá de la propaganda -hablar y escribir- al servicio de la República <sup>45</sup>.

### 3. Partido

Siete años antes de que Ortega lanzara su última liga de intelectuales en forma de agrupación por la República, el segundo de los firmantes del prospecto que había servido como banderín de enganche de la primera, Manuel Azaña, había sometido a crítica la experiencia política de aquella generación, que era también la suya. Habían pasado diez años desde la creación de la Liga de Educación Política y otro medio desde que el general Primo de Rivera se llevara por delante la Constitución y los partidos políticos. A consecuencia de este hecho, Azaña había decretado la muerte del Partido Reformista, al que se había adscrito y con el que había concurrido en dos ocasiones, con ninguna fortuna, a la lucha por un escaño en el Congreso <sup>46</sup>. El camino emprendido desde 1913, afiliándose desde la Secretaría primera del Ateneo de Madrid a la Liga y al partido reformista, estaba cegado; en esa dirección no había nada que hacer. Pero antes de tomar una nueva senda, analítico como era, Azaña someterá a crítica la herencia político-intelectual recibida de sus mayores. Primero, la del 98; poco después, la de sus amigos o colegas del 14.

Con la herencia política del 98 se había enfrentado Azaña desde mucho antes, a comienzo de los años diez. Por entonces había postulado la democracia y la acción política encaminada a alcanzar el Estado como única posibilidad para resolver el ya célebre problema de España.

---

<sup>45</sup> El artículo es «El error Berenguer», *El Sol*, 15 de noviembre de 1930, y no «Finales de 1929», como lo yerra otra vez Marco, p. 248, sin caer en la cuenta de que un artículo de tal tenor habría sido difícil de publicar con Primo de Rivera en el poder. La llamada «Al servicio de la República», de 10 de febrero de 1931, en *op. cit.*, núm. 11, pp. 125-128-

<sup>46</sup> Carta de AZAÑA a Melquiades ÁLVAREZ, 17 de septiembre de 1923, publicada con introducción de Enrique de Rivas en el catálogo de la exposición «Azaña», Madrid, 1990, pp. 43-47.

Cuando, con treinta años cumplidos, y en respuesta a unas conferencias de Ortega y Maeztu, eche un «vistazo a la obra de una juventud», lo que percibe Azaña como grandes móviles de aquella generación es la egolatría y el exhibicionismo alimentados por la inoculación del «virus pernicioso del desengaño»: sólo se desesperan en público los ególatras que pretenden llamar la atención sobre su propia persona. En el mar en que se hundían tantas cosas, escribe, el esfuerzo se dirigía a que sobrenadasen al menos la estimación y la fama personal. Y es significativo que al recordar aquellos años y a la «gente moza, innovadora y audaz» que entonces salió a la escena, Azaña recuerde sobre todo a Costa cuando en el Ateneo prorrumplía en apóstrofes violentos y el salón de hundía de aplausos. Ésa era la actitud dominante: más se fustigaba el carácter de los españoles, más ensordecedora la ovación, cada cual pensando que el bruto al que don Joaquín se refería era el que se sentaba a su lado. A los españoles de entonces, recordará diez años después, les «gustaba recibir badilazos en los nudillos: Costa les llamaba brutos, puercos, eunucos y se hundía el firmamento de aplausos». ¿La razón de esa paradójica conducta?: sufríamos entonces el sarampión del mesianismo; se estaba pasivamente a la espera del cirujano de hierro, del escultor de naciones <sup>47</sup>.

Azaña vuelve a ocuparse otra vez de la herencia política del 98 para salir al paso de lo escrito por Maeztu unas semanas después del golpe de Estado de Primo de Rivera. Maeztu decía en *El Sol* que lo importante del 98, en política, no fueron él ni sus compañeros de generación, sino Macías Picavea y Joaquín Costa. Él era entonces un jovenzuelo con más pasiones que saber y con una idea central: que la España nueva no habría de hacerse por los políticos, que no incumbía a los políticos la capital empresa de mejorar la condición de nuestro suelo. La tesis política del 98 consistía, según Maeztu, en que el pueblo se hallaba de tal modo preso en la red del caciquismo que no estaba en sus medios hacer nada. No sus ideas, sino las de Picavea y Costa «son las que ahora inspiran al directorio la serie de golpes que está asentando a la hidra caciquil» <sup>48</sup>. De modo que la conclusión a la que

---

<sup>47</sup> MARTÍN PIÑOL [Manuel Azaña], «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España*, *op. cit.*, 1, 25 de septiembre de 1911, pp. 83-86; este artículo como respuesta a sendas conferencias de ORTEGA y MAEZTU: FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, 1980, p. IIS. Lo dicho once años después: «El león, don Quijote y el leonero», *La Pluma*, *op. cit.*, 1, abril 1922, pp. 448-449.

<sup>48</sup> Ramiro DE MAEZTU, «Diretes, Los del 98», *El Sol*, 13 de octubre de 1923.

llegaba este miembro fundador con nómina segura de la generaciOn del 98 era, primero, que con el Directorio se realizaba el programa de principios de siglo, y segundo, que ese programa consistía en acabar con la hidra caciquil.

Maeztu no tardó más de una semana en suscitar la respuesta de Azaña, director entonces de la revista *España*. El 20 de octubre publicó un artículo de título muy elocuente: «i'Todavía el 98!», inmediatamente seguido de otros tres: «Al pie del monumento de Cartagena», «El cirujano de hierro, según Costa» y «Balance de una empresa de reconstrucciones». 49 Es quizá el momento en que más baja estima tiene Azaña el espíritu y la gente 98. Maeztu había presentado la dictadura como realización de las ideas del 98. ¿Ideas? se pregunta; y la respuesta es rotunda: en lo político, no las tuvieron. Por tanto, sería la conclusión lógica, nada tienen que ver con la Dictadura. Lo que pretendía Azaña con esta crítica radical era precisamente lo contrario de lo que «el señor Maeztu», a quien se dirigía el primer artículo, intentaba: vincular la protesta de los intelectuales del 98 con la dictadura de Primo de Rivera. Lo que ocurre es que Azaña los desvinculó de toda relación por el expeditivo procedimiento de negar que tuvieran idea política alguna: a pesar de que su posición era esencialmente crítica, escribe, no demolieron nada «porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias». Tal es la sustancia de la crítica, que desde luego no evita el sarcasmo hacia esa generación «con escala cerrada y amortización de vacantes», a la que el tema de la decadencia nacional «sirvió de cebo para su lirismo». Les reprocha haberse dejado llevar por la corriente general de «egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas», pero les echa en cara sobre todo la inconsistencia de su posición crítica y «la inoperancia conceptual y resolutive de una generación dispersa en su trabazón teórica y deslabazada en la presentación de unos escasos argumentos concretos». En el orden político, concluye Azaña, «lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98, está por comenzar» 50.

Desprendido de cualquier vínculo político con el 98, Azaña dedicará poco después, con motivo del aniversario de la muerte de Giner y

49 *España*, 20 de octubre, 17 Y 24 de noviembre y 22 de diciembre de 1923.

50 «i'Todavía el 98!», cit.; lo anterior es de Jesús FERRER SOLÀ, *Manuel Azaña: una pasión intelectual*, Barcelona, 1991, p. 2] 8. La referencia a la escala cerrada es de la serie «... castillo famoso», «El paseante en Corte», *La Pluma*, núm. ]0, op. cit., 1, marzo 1921, p. 816.

de un homenaje a Iglesias, su atención al proyecto de conjunción ideal de estos dos «santos laicos» elaborado en su día por Ortega. Pretendía Ortega, «o tal se engañaban sus primeros adeptos» (entre los que él mismo, aun si no con sobras de entusiasmo, se contaba), hallar la «fórmula reconstitutiva de una identidad nacional salvada del desastre contemplado por los profetas *delfinis Hispaniae*», La confluencia entre la Institución Libre de Enseñanza y el Partido Socialista soñada entonces por Ortega constituía, si no un programa, «el índice posible de una acción social determinada»: la herencia de Giner y la de Iglesias unidas en un proyecto común. Pero la Liga de Educación Política, que pretendía «encauzar las vagas aspiraciones de unos cuantos jóvenes intelectuales deseosos de afirmarse sobre el nihil de sus inmediatos predecesores», naufragó «muy luego en el puerto engañoso de la abstención». El ensayo no pasó de conato y aquella juventud quedó dispersa y desorientada: unos, los pocos cuyo temperamento político necesitaba lucha electoral, se adscribieron a los partidos históricos o a los que aspiraban a serlo, esto es, al reformista; otros, los arbitristas literarios y los aficionados a ver los toros desde la barrera, siguieron al margen <sup>51</sup>.

Así veía Azaña las cosas a principios de 1924: los intelectuales del 98 nunca habían tenido política; los del 14 habían naufragado en la abstención. Si se quería salir de esa postración, los intelectuales estaban obligados a renovar el impulso de aquel «arrebato juvenil». Azaña invita entonces a Julián Besteiro y a Fernando de los Ríos, dos destacados socialistas procedentes de la Institución, a convertirse en «los batidores de ese movimiento conjunto, de esa acción positiva a que concurran, exentos de bizantinismos, los intelectuales con los obreros organizados». Parece como si, pensando todavía dentro del marco conceptual construido por Ortega, Azaña no viera otra fórmula de futuro que afirmar para los intelectuales una acción política específica, aunque, rompiendo el molde de Ortega, esa acción no pudiera ser otra que una alianza con el partido obrero. Ahora bien, una vez postulado ese «movimiento conjunto, esa acción positiva» en la que habrían de encontrarse intelectuales y obreros, la fórmula concreta no podía ser otra que la de una «nueva conjunción republicano-socialista capaz de oponer al bloque avasallador de las fuerzas oscurantistas coligadas, la resistencia primero, la contraofensiva después de la voluntad liberal latentes o la mentida resignación del país». De modo que, como resultado de

---

<sup>51</sup> Todo esto una paráfrasis de [Manuel Azaña], «Santos y señas», *España*, núm. 410, 23 de febrero de 1924, pp. 863-864.

la afirmación de una estrategia política de resistencia contra la dictadura, Azaña llega a equiparar «obreros organizados» con «socialistas» e «intelectuales» con «republicanos». Tal como se formula por vez primera después de la ruptura de 1919, la coalición republicano-socialista no era, en la propuesta de Azaña, sino la traducción política de un movimiento conjunto al que habrían de concurrir intelectuales y obreros.

Pero si los obreros estaban organizados en partido, ¿cómo no habrían de estarlo también los intelectuales? Para Azaña, que los intelectuales se afiliaran a partidos no era novedad. Partiendo del postulado de la primacía de la política y de la exigencia de hacerse con las instituciones, el camino normal, obligado, era ingresar en un partido, elaborar un programa de gobierno y participar en la lucha electoral. Nada nuevo, pues, por este lado. La novedad, que los intelectuales formaran un partido, venía exigida por el doble fracaso del reformismo y de las ligas. El partido al que habían acudido los intelectuales en 1913 se había hundido en la irrelevancia; las ligas a las que se afiliaron desde 1914 no habían dejado poso alguno. Era necesario, por tanto, sacar las lecciones de esa doble experiencia, y de la liquidación de la monarquía constitucional a manos de un militar, y lanzar un nuevo grupo que tuviera, como las ligas, su clientela natural entre los intelectuales de nuevo tipo, y como el reformismo, su meta política en la democracia, en el bien entendido que democracia era ya igual a república. Eso es lo que está detrás de la iniciativa de Azaña al lanzar su *Apelación a la República* y al fundar el Grupo de Acción Republicana: «nuestra acción política -*escribe*- necesita un organismo que la incorpore. Nuestra enseña debe ser: un Parlamento libre» 52.

Un nuevo organismo que, sin embargo, no querrá reconocerse todavía como partido porque, existiendo ya otros partidos republicanos y no queriendo entrar en competencia con ellos, entiende su función como lugar de encuentro, de enlace del republicanismo: de hecho, su primera actividad consistirá en impulsar una Alianza Republicana que lanza un «Manifiesto al país», firmado por una veintena de intelectuales, y nombrar a un representante del Grupo, el mismo Azaña, como miembro de la Junta provisional<sup>53</sup>. La pretensión de representar el todo que alentaba en las iniciativas de Ortega no se abandona aunque se limita

---

52 [Manuel Azaña], *Apelación a la República*, mayo de 1924, Madrid, 1990, p. 185.

53 Alianza Republicana, el 11 de febrero de 1926. Manifiesto, Madrid, 1926. Entre los firmantes, intelectuales viejos, como UNAMUNO o MACHADO, y nuevos, como NEGRÍN o JIMÉNEZ DE ASÚA.

y se concreta: el todo es ahora el todo republicano. Por eso, los amigos que se reúnen en la rebotica de José Giral, en lugar de un partido deciden formalizar la existencia de un Grupo al que llaman de Acción Republicana y que por seguir la tradición distribuirá un manifiesto que apenas recoge treinta firmas. Pero no había que desesperar: desde mayo de 1924 Azaña está convencido de que «el fracaso cierto del Directorio legará a quien le suceda los problemas de 1923»<sup>54</sup>, y cuando, en efecto, Primo de Rivera desaparezca de la escena y todo el mundo comience a definirse contra la monarquía y por la república, el Grupo estará allí, dispuesto a recibir todas las adhesiones que sea.

En esa cascada de definiciones, el «Grupo de Acción Republicana», habituado hasta entonces a pequeños cenáculos, se sintió obligado a manifestar públicamente quiénes lo formaban y qué pretendía. De lo primero, no había duda: el 8 de febrero de 1930, en el local cedido por el Círculo Federal, «se congregaron muchos catedráticos, médicos, ingenieros, escritores, farmacéuticos, abogados y personas de otras diversas profesiones liberales, todos ellos poseídos del mayor entusiasmo republicano», con el propósito de elegir a los representantes de Acción en la junta nacional y local de Alianza Republicana. «Muchos» debían de ser aproximadamente unos 150, que no era un número despreciable para una ciudad como Madrid y para un «grupo» que cinco años antes no había logrado reunir treinta firmas para su primer manifiesto. 150 «intelectuales» de nuevo tipo dispuestos a «aunar los esfuerzos de todos para restaurar en España la libertad por medio de la República. Nada más. Nada menos»<sup>55</sup>.

Desde que salió a la luz pública, el Grupo manifestó su propósito de no competir con ninguno de los otros partidos republicanos ni, de rechazo, ser confundido con ellos; no habla de ocupar la izquierda, el centro o la derecha. Lo que pretende es inscribir en sus «censos a los republicanos hasta hoy no militantes..., organizar y preparar la creciente opinión republicana del país que no esté ya encauzada y disciplinada en los partidos históricos». Se presenta como una nueva opción, dirigida a una opinión nueva, nunca antes incorporada a partidos. A esta ausencia de requisitos previos para pertenecer a Acción se añadía una estructura orgánica muy flexible: no tiene presidente, ni menos jefe, «todos sus afiliados son iguales», asegura, mostrando así una evi-

---

<sup>54</sup> *Apelación a la República*, p. 189.

ss «Un manifiesto político de la Acción Republicana», enero 1930, *El Sol*, 13 de marzo de 1930.

dente disposición a abrir de par en par las puertas, ofreciendo a los nuevos afiliados un tipo de organización en la que, intelectuales al fin, pudieran sentirse a gusto, sin estatutos, sin personal directivo, a la espera de definir más adelante una estructura partidaria. Por no definir, no hablaba siquiera de programa o, más exactamente, rechazaba la oportunidad de elaborar uno: «incluso en lo relativo al problema constitucional de la República que se instaure, el Grupo no formula programa alguno ni pide a sus afiliados una profesión común, ni les estorba que propaguen sus puntos de vista personales dentro o fuera del Grupo». De momento, lo que pretendía era reclutar gente de una muy precisa condición: profesionales de las clases medias que no hubieran pertenecido a partidos republicanos y que no se sintieran atraídos por el partido radical o el radical socialista, que tienen ya sus jefes y sus programas. Elaborar unos estatutos, elegir a los órganos directivos, formular un programa podrían ser escollos que limitarían el atractivo de la llamada entre las gentes a las que precisamente se dirigía, los «escritores, catedráticos, artistas y otras personas dedicadas a trabajos intelectuales». Pero el paso estaba dado y comprometía el futuro: el Grupo de Azaña nada tenía que ver con la Agrupación de Ortega, pues aspiraba a presentarse ante el electorado y llegar al Gobierno. Era, en realidad, un grupo que no acababa de sacudirse sus vergüenzas de juventud y reconocerse sencillamente como partido. Pero todo se andaría, y más de prisa de lo que en febrero de 1930 se podía sospechar <sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> Esto último, con ligeras variantes, en mi *Manuel Azaña. Una biografía política*, Madrid, 1990.